Editorial

Desde hace algunos años, pero con más acento hoy, se escucha hablar de "la educación para el próximo milenio" con tal frecuencia que dicha expresión ha terminado convertida, para muchos, en un llamativo slogan. Esta expresión se encuentra muy a menudo en los discursos de las políticas educativas lo mismo que en cierto tipo de reflexiones que se quedan en el "deber ser", suspendidas de la realidad. Unas veces se anuncia con cierto aire futurista, lo que será y cómo será la educación en el próximo milenio, y de esas suposiciones se derivan estrategias tendientes a preparar a la comunidad educativa para tal novedad, como si el cambio de milenio, por sí solo, fuera el único referente que obligara, ahora sí, a pensar y trazar planes en educación. Otra veces, con poco discurso pero ostentando de modo empírico las nuevas tecnologías, se les dice con tono amenazante, a maestros e instituciones educativas que quienes no asuman el nuevo milenio con esas herramientas estarán condenados al fracaso. Por supuesto que esta amenaza proviene, en buena parte de las ofertas del mercado de las nuevas tecnologías, es decir, desde afuera del campo educativo y encuentra su tierra de promisión en la tan anunciada como eufórica "universidad virtual".

Como moda, el discurso de la "educación para el próximo milenio" esconde, de algún modo, la problemática del sistema educativo y de las instituciones escolares, desde y sobre las cuales sólo es posible proyectar la educación. Pero, más allá de los slogans, que en el fondo esconden y evaden el presente desconectándolo del futuro, lo que requiere la educación de nuestro país es un reconocimiento de su compleja realidad en la que sobresalen incidencias de orden político, económico, cultural y comunicativo que constituyen verdaderos retos para el trabajo y el pensar educativos.

No son necesarias grandes reflexiones para saber que es con estos problemas con los cuales vamos a recibir el próximo siglo, así como también saber que la educación menos que prever futuro ella contribuye a configurarlo, con los esfuerzos y espacios cotidianos de toda la comunidad educativa.

Lo antes anotado puede encontrarse en la mayoría de los do-

cumentos que conforman los PEI en los que aparece una visión homogénea de la realidad social, ya sea ésta de carácter nacional, regional o local. En estas políticas educativas se reconoce muy poco la heterogeneidad y las diferencias sociales y culturales desde las cuales es preciso proyectar las propuestas educativas. Este desconocimiento oculta, implícitamente, un aspecto histórico: no todas las sociedades o comunidades terminan o inician un siglo al mismo tiempo, como dice Sábato, al son de un silbato único.

Todo lo arriba dicho no es sino una invitación, sin desconocer la necesidad de imaginarnos el futuro, a la configuración del mapa de problemas que ha venido preocupando a la comunidad académica e investigativa durante las últimas décadas, una invitación, a la vez, a una revisión crítica de las políticas educativas en tiempos de globalización, de privatización, de desenfrenos de ingeniería social en donde la educación, cargada de categorías provenientes de las áreas económica-administrativas, parece quedar limitada a los requerimientos inmediatistas del mercado. Finalmente, es también una invitación a replantearnos los paradigmas educativo-pedagógicos con el propósito de que en ellos quepan nuevos elementos surgidos de la cambiante realidad social.

Esta invitación se amplía y se concreta hoy en los documentos que aquí presentamos sobre sistematización de experiencias educativas, investigación educativa, formación de maestros, educación-comunicación, educación y globalización educativa, cultura y procesos educativos, que, sin duda, son una muestra de la investigación y de la reflexión que sobre educación ocupa a la comunidad académica en estos momentos.